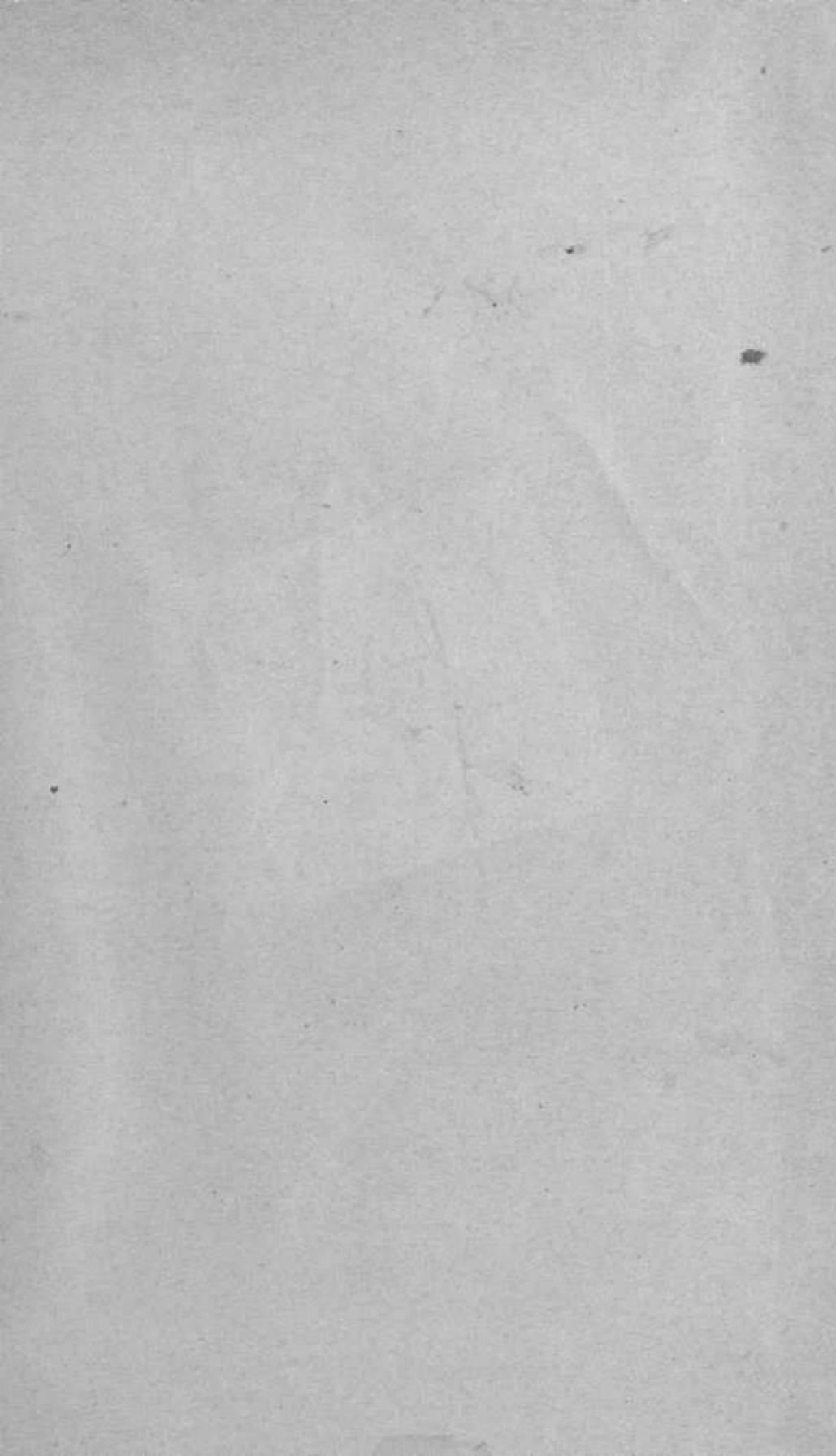


40.

RESISTENCIA CONTRA LAS COLONIAS







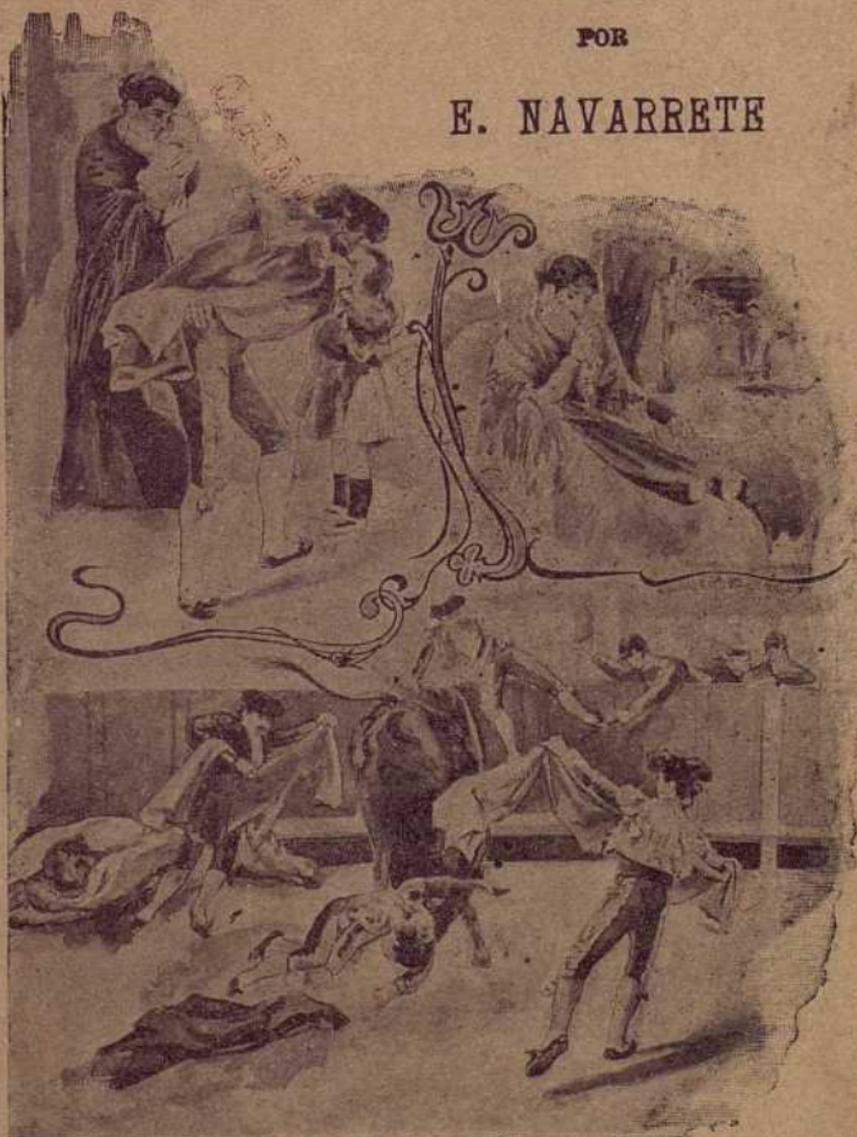
PROTESTA CONTRA

328

LAS CORRIDAS DE TOROS

POR

E. NAVARRETE



Precio 15 céntimos

PROTESTA

CONTRA

LAS CORRIDAS DE TOROS

por E. Navarrete.

I

¡Las corridas de toros!

¡Qué espectáculo más edificante!

Como ningún otro, da una pobre idea de la cultura del pueblo y de las autoridades que la consenten.

No basta á la fiesta, llamémosla así, ser repugnante, sino que lo son hasta los preliminares. Prueba al canto.

El caballo, el noble animal que después de haber prestado inmensos servicios al hombre en la agricultura, en la industria, en el comercio y hasta para su recreo, es preparado para salir á la plaza con largas é incesantes carreras para que se aplome y pierda los bríos que conserve; se le llenan los oídos de estopa á fin de que no oiga los resoplidos y bramidos de la fiera que ha de matarle ni el vocerío de los espectadores para que no se espante, amén de taparle el ojo derecho para que no vea al toro que ha de cornearle con ímpetu salvaje.

En el edificio destinado á celebrar los espectáculos ha de haber una enfermería con el servicio de médicos, farmacéuticos, practicantes y mozos necesarios para atender á los lidiadores á quienes hieran ó despedacen los astados brutos, y rara es la corrida en que algún torero deja de visitarla.

No ha de faltar tampoco la correspondiente capilla, ni el sacerdote que preste los últimos auxilios de la religión al lidiador que llegue expirante, moribundo, á la enfermería en brazos de algunos compañeros ó asistencias, quienes, una vez depositada la carga en la mesa de operaciones ó en alguna cama, como quien deposita una carga

de paja, vuelven al redondel tan tranquilos como si nada hubiese ocurrido, los toreros á continuar prestando su cooperación á la *fiesta*, y los dependientes á seguir la ingrata tarea de recoger de la arena los sangrientos y repugnantes despojos de la *lucha*.

Antes de estos preliminares, se destacan dos figuras poco envidiables: el empresario y el torero.

El empresario buscando el negocio de unos cuantos perros, comprando, como si fuesen kilos de peras, por centenares de pesetas la vida no sólo del diestro con quien cuenta para la explotación, sino también la existencia de los individuos que forman en su cuadrilla.

El diestro vendiendo su vida con la de los toreros que sirven á sus órdenes con ánimo deliberado de matar á las reses que se suelten después de someterlas á cruel martirio ó perder la vida, ó quedar inútil para el trabajo al airado golpe del único ser que tiene razón en el espectáculo, el toro.

Y decimos que el toro es el único que tiene razón en la contienda, porque contra él van todos desde que se le encierra hasta que muere. Sale al redondel después de permanecer incomunicado, sin comer ni beber durante algunas horas, y una vez en el campo destinado á la *lucha*, se le martiriza incesantemente con recortes que le destronan, con infinidad de puyazos, banderillas frías ó de fuego y pinchazos y estocadas, hasta conseguir que muriendo y jadeante se eche, rematándole entonces otro lidiador con un instrumento llamado *puntilla*.

A más del empresario y el lidiador, hay otras individualidades mantenedoras del brutal espectáculo: los ganaderos, quienes en lugar de criar reses para el cultivo de tantas extensiones de terreno que nada producen hoy, para el arrastre de materiales, para la obtención de la leche y dar vida á no pocas industrias, lo hacen para que sean lidiadas, sólo porque á ellos les produce cada animal vendido para las plazas de toros lo que no les da la venta de dos ó tres reses dedicadas á algo

que contribuya al engrandecimiento de la Patria, tan falta en algunas comarcas de que las surque el arado.

Otra figura digna también de estudio es la persona constituida en autoridad encargada de examinar si las puyas y banderillas están ajustadas á determinadas medidas, si las reses están en buen estado y tienen los cuernos útiles, para después, una vez ocupado el alto sitio que se le tiene destinado en el circo, mandar que piquen al toro, que lo banderilleen y lo maten, imponiendo multas y otros castigos al picador que, conociendo las condiciones del toro y el ímpetu de cada una de sus acometidas, rehuye el dar una caída en que pueda perder la vida; al banderillero que buscando también la conservación de la suya busca cuantos subterfugios tiene para ello, y al matador que en un término de quince minutos no dé en tierra con el toro.

¡La autoridad obligando á los hombres á que olviden que tienen una familia cuya existencia pende de la de ellos, para que se sacrifiquen y den gusto á la fiera que ruge en los tendidos y grade-rías pidiendo sangre, SANGRE, ¡MUCHA SANGRE!

¡La ley sancionando todo esto! ¡Qué contrasentido más horrendo! En lugar de amparar al hombre que, una vez ante la fiera, derrochando miedo, busca la conservación de la vida, le obliga á que busque la muerte.

No cabe mayor crueldad, ni aberración semejante en un pueblo culto.

* * *

Véanse ahora algunas máximas del toreo, del celebrado profesor de la famosa escuela de tauro-maquia de Sevilla, fundada por un rey que no se cuidaba de que las universidades estuvieran dotadas del personal necesario para instruir al pueblo, ni de que tuviesen los medios necesarios para el caso:

•Delante de la res, el matador de toros no debe

contar con los pies, sino con las manos; y una vez el toro derecho y arrancando, debe parar aquéllos y MATAR ó MORIR.»

«Parar los pies, muchachos, decía y DEJARSE COGER, que es la manera de que los toros se consientan y descubran.»

¡Valientes máximas!—DEJARSE COGER y DESPE-
DAZAR para que los toros se consientan. Y MATAR
ó MORIR cuando el toro se arranque.

* * *

El ilustre escritor don José Selgas y Carrasco, en su libro titulado «Hojas sueltas», decía y decía bien, que en las corridas de toros había tres fieras: el toro, el lidiador y el público, que la menos fiera era el toro, que contra su voluntad pelea buscando la lógica defensa contra los que le atacan y martirizan; que seguía en fiereza el lidiador que salta á la lucha por retribución más ó menos grande, y que era más fiera que las dos mencionadas juntas, el público que pagaba su dinero, dejando á veces sin comer á su familia por presenciar el resultado de la contienda, saliendo tanto más satisfecho cuanto más sangre había enrojecido la arena.

* * *

El distinguido y castizo escritor D. José Navarrete, en su impugnación á las corridas de toros publicada en 1886, dice ocupándose de los toreros:

«Los toreros hacen más daño que en las temporadas de lidia en las de huelga, y la razón es obvia. Cada uno de ellos, hasta el último banderillero, mas aún, hasta el último *maleta*, tiene su corte de vagos, los cuales á su vez tienen otra corte cada uno de aspirantes á amigos de toreros. De entre estos cortesanos de gorra, pelo hacia adelante y echado sobre la oreja, chaqueta corta, pantalón ajustado, botinas de color y las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, mozos que se

acostumbran á la holganza, y por mantenerla dan que hacer al diablo, salen *mayormente* los *timadores*, los *espadistas* y los *rateros*.

»Hay hombre que abandona á su familia ó la mata á disgustos y anda roto y malparado y sería capaz, á falta de otros medios, de llegar hasta el crimen por pasarse los días haciendo la tertulia á un torero en el café de las Columnas, en el Imperial ó en el Suizo nuevo.

»Cuando los toreros van por las calles con sus chorreras en la camisa, sus botones de brillantes, sus largas cadenas de oro, sus sortijas y sus fajas de colores vivos, no sólo son admirados, sino envidiados de los pobres trabajadores. Estos, que fueron quizá sus compañeros llevando cubos de cal en una obra, aserrando madera ó podando una viña, los ven, de la noche á la mañana, porque descubrieron, el uno que sabía cuartejar en la cabeza del toro, y *vaciárselo* el otro (habilidades para las cuales, después de todo, lo que se necesita es corazón) con dinero que gastar, y buena ropa, y mujeres, y vino, y holganza y la amistad de los señoritos.»

Y si fuera esto sólo...

Pero no... hay algo más, algo que hace á las personas sensatas apartarse de ellos, puesto que la mayoría son poco propensos á hacer obras de caridad, derrochando en una hora en una taberna ó un antro de corrupción, lo que haría la dicha de algún pobre trabajador cargado de familia que depende de un mezquino jornal.

Ved al torero de viaje. Los viajeros rehuyen ir en los departamentos que ellos van, porque cuando no hacen mofa de un individuo, con sus cantos ó sus libres conversaciones molestan á los demás. Y esto cuando no hacen del departamento del coche en que viajan, una sucursal de las casas de juego desplumándose los unos á los otros.

¿Pues y en las casas de huéspedes, fondas, etc. donde se hospedan? el acabóse.

Casa que se dedica á tener toreros, puede con-

tar desde luego con que los demás huéspedes desfilan inmediatamente.

Cuánta escena tristísima se desarrolla en los colmados, donde van los toreros á pasar una hora trasegando botellas de manzanilla, jerez, amontillado etc., en compañía de mujerzuelas que á todo se avienen y señoritos de la alta goma, aburridos de no hacer nada en las veinticuatro horas del día, gracias á la renta que les legaran sus antecesores, sin dejarles á la vez educados y con una carrera para ser útiles á su patria, cuando no al frente de un establecimiento industrial que les hiciese ser dignos ciudadanos.

Que hay excepciones qué duda cabe, pero la regla general es la que presentamos.

Si las corridas de toros se suprimieran, cuánto iría ganando España por todos conceptos, y cuántos hombres que hoy con el producto de unas horas toreando reses bravas viven en continua orgía, en tabernas, colmados, casas de prostitución y garitos, tendrían una profesión digna de la estimación de todos los hombres honrados y útil para el porvenir de su patria, pues contribuirían á su engrandecimiento.

II

Veamos ahora lo que da de sí el espectáculo.

La plaza rebosa de gente.

El griterío y algazara con que el público ha saludado la presencia de los lidiadores, cesa un momento, en espera de la salida del toro.

Se abre la puerta del toril, y el animal, á quien momentos antes, para excitar su coraje, clavan en lo alto del morrillo un hierro, del que penden unas cintas de color, se presenta en el redondel erguido, moviendo con ligereza la cabeza á un lado y á otro, en busca de un objeto á que acometer.

Y la ocasión se le presenta inmediatamente, pues le salen al encuentro algunos lidiadores que para dominarle y amenguar sus facultades le recortan, haciéndole crugir los huesos, ó lo llevan

de aquí para allá, consiguiendo á veces que remate en los tableros y se describa.

Viene luego el picador, y cuando la res, por su bravura, acomete y hace blanco en el inofensivo caballo, él le clava la puya en el morrillo, en la tabla del cuello, en los brazuelos ó en las costillas, y ahonda sin compasión, introduciendo á veces no sólo el casquillo, sino parte de la vara; dándose no uno, sino muchos casos en que la clava de tal modo, que el toro sale con ella rebrincando y mugiendo por el dolor que le produce, hasta que tirando de ella consigue alguno arrancar la espina. Otras veces se quiebra la vara y queda dentro del cuerpo de la res más de un metro de palo.

Esta parte de lidia que llaman en el argot taurino suerte de vara no llena las aspiraciones de los espectadores si el toro en su acometida no derriba caballo y jinete con estrepitosa violencia, mal hiriendo ó sacando el bandullo del cuadrúpedo y mandando el picador á la enfermería conmocionado, ó con la fractura de clavículas, costillas, etc.

¡Y qué espectáculo cuando los monos sabios, para levantar el caballo que patalea con las tripas sobre la arena transido de horribles dolores, descargan sobre él, sobre sus cuartos traseros, sobre la parte blanda de las cuartillas ó entre las orejas serie horrible de garrotazos!

¡Y qué espectáculo también cuando levantado el caballo se le pasea jadeante por el redondel pisoteando los colgajos de sus propios intestinos y tripas que la cornada del toro ha echado fuera de su sitio por amplísimos boquetes!

Y esto se repite cuatro, cinco, ocho, diez veces hasta que se juzga que el toro, por la pérdida de sangre ó el peso que ha levantado en la cabeza, le ha puesto en condiciones de que los lidiadores de á pie puedan con él.

Entonces, como si el castigo que ha sufrido el toro no fuera bastante, el presidente ordena que le claven tres ó cuatro pares de banderillas que

van desgarrando nuevamente sus carnes á cada movimiento que hace, exasperándole y apurando su rabia.

Si el toro no es todo lo bravo que se desea y rehuye el acometer á los caballos, entonces se emplea un horrible procedimiento que pone los pelos de punta, el de ponerle banderillas de fuego y ruenos, que no sólo le abrasan y tuestan la piel entre los aplausos de los espectadores ávidos de angre y exterminio, sino que le atontan y atondran.

Terminada esta sangrienta y horripilante operación, entra en funciones el matador, que generalmente olvida aquellas máximas de que *hay que dejarse coger y hay que matar ó morir*, y poniendo á contribución la tensión de sus nervios ó el miedo que le domina, procura de cualquier modo introducir el estoque en el cuerpo de la res una, dos, tres, seis veces hasta conseguir que, rendida por la fatiga y el dolor ó moribundo, se eche para que lo remate el puntillero, individuo que viene ejercitándose en rematar toros en algún matadero.

Si el matador ha rehuido el peligro no acercándose al pasar de muleta ni dejándose enganchar al hundir el estoque en el toro, no es floja la serenata de pitos que escucha, ni son epítetos malsonantes cuando menos los que le prodigan los espectadores.

Debe pues el lidiador, para dar gusto á los sefidelres o margen, á los que presencian la corrida, jugarle la pelleja en cada pase de muleta ó en cada pinchazo ó estocada que da, es decir, desde que se presenta ante el toro hasta que éste, rendido ó moribundo, se echa para ser rematado por el puntillero.

III

¡El público!

Allí, en el graderío de esos locales destinados á la lucha del hombre con la fiera, se codean y fra-

ternizan en sus denuestos é imprecaciones contra el torero que por defender su vida rehuye acercarse al toro, el alto funcionario del Estado; el linajudo título de Castilla, el senador, el diputado, el banquero y el comerciante, con el ente de la alta goma, con el empleado de poco sueldo, el trabajador y no pequeño número de esos individuos que tienen á su familia sin comer y pasando las de Caín, puntos fuertes en las casas de corrupción, antesalas de cárceles y presidios, cuando no lo son de la horca.

Allí también véuse revueltas y confundidas y hasta alternando como si fuesen todas unas, la encopetada y aristocrática dama con la meretriz, la cocotte ó la prostituta de las últimas capas sociales, y si se terciase se obsequian mutuamente con emparedados, raja de salchichón, bocas de la isla, vino, etc., etc.

Parece que unos y otros allí han dejado de ser lo que la sociedad tiene derecho á esperar de todos.

Y es que el espectáculo sangriento lo requiere así.

Examinad uno á uno á los espectadores que conozcáis y veréis cuan distintos son fuera de la plaza y dentro de ella.

Fuera del circo, cuánta corrección, cuánto miramiento, cuánto mirarse para dar un paso y para evitar una palabra mal sonante.

Dentro del circo el cambio es radicalísimo, la educación y las buenas formas se las han dejado á la puerta, y aquellas bocas no tienen una palabra que no sea agresiva, dura, mal sonante para zaherir á cuanto creen.

Si hay faldas á su lado, como si no existieran dentro de la plaza, todos son unos; las clases han desaparecido y la educación no existe.

Allí todo es sangriento; la lucha del hombre con la fiera, y las diatribas del público dirigidas, no sólo contra los lidiadores, sino entre sí.

¿Qué más? La mujer, esa hermosa mitad del género humano, toda sentimiento, toda dulzura,

que vuelve el rostro y hasta se sonroja ante una palabrota, que es incapaz de dar muerte á una hormiga ni ver maltratar á un animal, y que inculca á sus hijos todo lo bueno, todo lo grande, todo lo sublime que hay en la tierra, una vez en su asiento de graderío, deja de ser esa sublime criatura, encarnación de todo lo expuesto, para convertirse en... en cualquier cosa.

Allí, en su asiento de palco, de delantera de grada ó confandida entre los demás espectadores, ríe de las palabras mal sonantes y de los piropos picantes en demasía que se le dirigen, oye con fruición las increpaciones que se dirigen á los toreros, y pierde los sentimientos de lo hermoso y de lo humanitaric para solazarse con la lucha que presencia, viendo apalear despiadadamente al caballo que pasea moribundo colgajos de tripas, aherrajar con ferocidad salvaje al toro, ora con las puyas, ora con las banderillas y ora con el estoque, hasta que, desangrado ó rendido, cae desplomado y no pocas veces al torero que, después de cogido, volteado y corneado aparatosamente, es llevado á la enfermería, hecho girones el traje de luces y desgarrado el cuerpo.

Dirán que vuelven la cara en determinados momentos y que hasta chillan en algunas ocasiones: pero y ¿an las demás que hemos mencionado? ¡Oh! en las demás, en las demás dejan de ser la sensitiva para convertirse en la hiena, en el chacal, en el antropófago, que gozan y se deleitan cuando olfatean sangre ó cuando despedazan ó descuartizan á otro sér de la creación.

¿Y qué diremos de los padres que, blasonando de celosos por la educación de los hijos, en vez de inculcarles buenos sentimientos y corregir con mano dura los defectos que en ellos observen, para que el día de mañana sean lo que la sociedad tiene derecho á esperar de ellos, los llevan á los toros, donde se desarrollan únicamente los instintos sanguinarios y las malas pasiones?

Cuando hombres y mujeres y niños, una vez

dentro de los circos taurinos, llegan á degradarse de tal modo, olvidando la educación que recibieran, perdiendo los sentimientos humanitarios y prescindiendo de su decoro y dignidad, algo tendrá, y nada bueno, el espectáculo que opera un cambio tan radical en cuantos lo presencian.

Se nos dirá que en otros espectáculos, como por ejemplo, el boxeo, ocurre lo propio. Es cierto; pero esto no quiere decir sino que tan salvaje es el uno como los otros; que tan execrables son todos, y que éste y aquéllos debieran desaparecer de todo pueblo culto.

IV.

La prensa, esa poderosa palanca que tanto ha contribuido á la grandeza de las Naciones y á la ilustración de los ciudadanos, desde hace algunos años viene contribuyendo, tal vez contra su voluntad ó mal guiada por el mercantilismo, á que las corridas de toros adquieran adeptos y hasta que sean respetadas por los poderes del Estado.

Se dirá que como el periódico vive del público, y entre ese público hay partidarios de las corridas, es preciso satisfacer las aficiones de esos individuos; pero no creemos que deban hacerlo en la medida que hoy, convirtiéndose en la misma tarde del espectáculo ó al día siguiente en un papel destinado únicamente á ocuparse de lo que á los toros se refiere, llenando columnas y más columnas con las reseñas de las corridas, y con más extensión y detalles cuando algún toro ha herido gravemente ó ha dado muerte á algún torero, cantando en épicos párrafos la valentía del que sucumbió, la de sus compañeros, etc., etc.

Creo firmemente que al llenar esas columnas con tales relatos roban espacio á asuntos de vital interés para los pueblos, como son el de popularizar los adelantos que todos los días se suceden en las artes, en las ciencias y en todas las esferas del saber humano que tienden á ilustrar á los ciudadanos y engrandecer á las Naciones.

No comprendemos el periódico taurino sino por

lo que tiene de especulativo, pero menos comprendemos al periódico de gran circulación, el periódico de verdadera importancia puesto al servicio de las corridas de toros, y menos contribuyendo á endiosar á toreros y elevarlos al nivel de los Castellares, Echegaray, Benot, Olózagas, Prim, Espartero, Cánovas, Martos y tantas otras glorias de la Nación.

Y si esto no lo comprendemos, menos aún el que en los periódicos políticos hombres de la valía de D. Mariano Cavia, D. José de la Serna, D. José Estrañi, D. Eduardo de la Loma, D. Eduardo Muñoz, D. Fernando Lanuza, D. Angel Caamaño, D. Rafael Martínez Nacarino, D. Luis Salado y tantos otros derrochen raudales de ingenio, gracia y buen deseo en tarea tan contraria á la cultura de un pueblo, y tal vez contraria á sus mismos sentimientos.

Ni tampoco comprendemos cómo escritores de valía y renombre como lo son D. Luis Carmena, D. Pascual Millán, el Sr. Conde de las Navas, D. Manuel Reinante Hidalgo, D. Leopoldo Vázquez, D. Guillén Sotelo, D. Angel Rodríguez Chaves, D. Antonio Lozano, D. Antonio Galiana, D. Mariano del Todo, D. Juan Sánchez Lozano, D. Manuel S. García Vao, D. Juan Franco del Río, D. Emilio Boli, D. José Epila y otros muchos se limiten á dar á la publicidad libros y folletos en que se glorifica el espectáculo ó se dignifique al torero que no tiene otra ilustración que la de ser un matarife más ó menos habilidoso y que pasa los días de descanso en juergas y jaleos, ó se circunscriban á escribir en periódicos usando ese argot intraducible al buen castellano y olvidando la pureza del rico idioma español sin obtener por sus escritos ni honra ni provecho y teniendo que alternar á veces con gentes de poco más ó menos.

Bien es verdad que la generalidad de ellos, conservando un pudor que les honra, apenas si se atreven de cuando en cuando á suscribir los artículos ó reseñas con sus nombres y se valen de sus

correspondientes alias como si fuesen gente de las últimas capas sociales ó de la gente maleante que siempre anda en cuentas con la justicia.

¡Escritores distinguidos y correctos valiéndose del apodo para ocultar sus personalidades. ...!

¿Qué diatriba más enérgica que esa contra el mismo espectáculo que pretenden ensalzar?

¡A qué empequeñecimiento han descendido escritores que habiendo dedicado sus talentos á difundir la ilustración, de que tienen plétora, entre sus conciudadanos, pasarían á la posteridad envueltos en la aureola de la gloria que tanto ambiciona el hombre!

Ellos, los que en las cámaras legislativas, en las universidades, en los ateneos, en los centros instructivos y en la prensa, debieran dirigir á las clases todas, por los derroteros que conducen al engrandecimiento de los pueblos, en las plazas de toros hacen coro á los que chillan como enérgímenos pidiendo ¡caballos!, ¡caballos!: á los que dirigen groseros insultos al torero cuando no se deja rasgar la piel por los astados brutos, á los que pisotean la autoridad y á los que con palabras del peor jaéz, ruborizarían á un guardacantón, y fuera del circo derrochan las galanuras de lenguaje para describirlo.

Si todas esas privilegiadas inteligencias se dieran un día de mano, y desde él dejaran de ocuparse de semejante espectáculo, seguros estamos de que las corridas habían terminado, porque si hoy viven, lo deben á la prensa.

Hagan la prueba, y la cultura y la civilización se lo agradecerán.

IV

Si con cuanto queda dicho aún hay quien pudiera ponerlo en duda, tómese la molestia de presenciar dos ó tres corridas, y sin fijarse en lo que ocurra en el redondel, podrá observar que entre los mismos espectadores se cruzan á cada momento insultos y palabras groseras, que por un quitame allá esas pajas se abofetean ó apalean y que

cuando no ha trabajado un diestro á su gusto, las demostraciones de desagrado son arrojarle naranjas, botellas, etc.

Y qué espectáculo más edificante cuando una parte de ese público se lanza al redondel para terminar con alguna res.

Ni en Cafrería. Aquello es asqueroso y nauseabundo en sumo grado.

Ahora, para terminar este pequeño trabajo, que tendrá la correspondiente continuación, allá va una relación de las víctimas ocasionadas por los toros en el siglo que ha terminado.

1801.— José Delgado (Hillo), Francisco García (Perucho).

1802.— Antonio Romero.

1811.— Juan Amisas.

1812.— Ramón Agujetas.

1819.— José Herrera (Cano).

1820.— Francisco Herrera (Curro Guillén).

1829.— Manuel Parra.

1830.— Diego Luna.

1831.— Pedro Puyana.

1832.— Cristóbal Ortiz.

1838.— Juan Mateo Castaño.

1840.— Francisco Azucena (Cuco).

1843.— Sebastián Míguez, Francisco González Panchón).

1845.— Antonio Calzadilla (Colilla) y José Díez Mosquete).

1849.— Rafael Bejerano.

1852.— Carlos Puerto, José Fernández Boca-negra y Manuel Jiménez Cano.

1854.— Isidro Santiago Barragán.

1851.— Antonio Fernández Oliva.

1857.— Antonio Verdes.

1858.— Antonio Loja.

1859.— Manuel Payán, Pedro Párraga y Domingo Rivera (Tuerto).

1862.— José Rodríguez y Rodríguez (Pepete), Joaquín Gil (Huevaleño) y Juan Martín Pilón.

- 1864.—Manuel García y Juan de Dios Martínez (Riñones).
- 1867.—Mateo López.
- 1868.—Ricardo Osed. (El madrileño).
- 1869.—José Cazalla (Coito).
- 1871.—Antonio Madrid.
- 1872.—Juan Ponce.
- 1873.—José Fuentes (Pipi), Rafael Bejerano (El Cano) y Agustín Perera.
- 1875.—Mariano Canet (Yusio).
- 1878.—José Pérez (Bigornia).
- 1879.—Patricio Briones (Negri).
- 1880.—Nicolás Fuertes (Pollo), Rafael Ardura (Quico), D. Carlos Luis Oviedo y Manuel Luque Arias.
- 1881.—D. Pablo Weyler, Mariano Torneros, Mariano Diaz Boticario y Juan González (Juaneca.)
- 1883.—José Bejarano (Lapasera) y Honorato Martí.
- 1885.—José Parrao (Parraito.)
- 1886.—Bernardo Gaviño.
- 1887.—Pedro Durán
- 1888.—Juan Romero (Saleri), Joaquín Sant (Punteret), Manuel Martínez (Manene) y Juan Román Cano.
- 1889.—Manuel Fuentes (Bocanegra) y Francisco Caro.
- 1891.—Manuel Calderón, Francisco Anaya (Cangao) y Jacinto Caballero (Alfarero.)
- 1892.—Hermenegildo Ruiz (Chaval), Lorenzo Conde (Arabe) y Angel Busique (Cartagena.)
- 1893.—Antonio García (Morenito) y Antonio Lobo (Lobit)
- 1894.—Manuel García (Espartero), Cándido Carmona (Cartujano) y José Noriega (Castizo.)
- 1895.—Luis Ramírez (Guipuzcoano.)
- 1896.—Juan Gómez de Lesaca, Tomás Ferrando (Ches), Manuel Comecha (Esparterito de Valencia) y Florencio Vicenti (Frascuellillo.)
- 1897.—Julio Aparici (Fabrilo), Miguel Carde-

nal (Verduras), Cayetano Panero (Peterete) y Emilio Campillo (Herradito.)

1898.—Juan Ripoll.

1899.—José Rodríguez David (Pepete), Valentín Conde, Francisco Aparici (Fabrilo) y Juan Alarcón (Mazzantinito).

1900.—Domingo del Campo (Dominguín,)

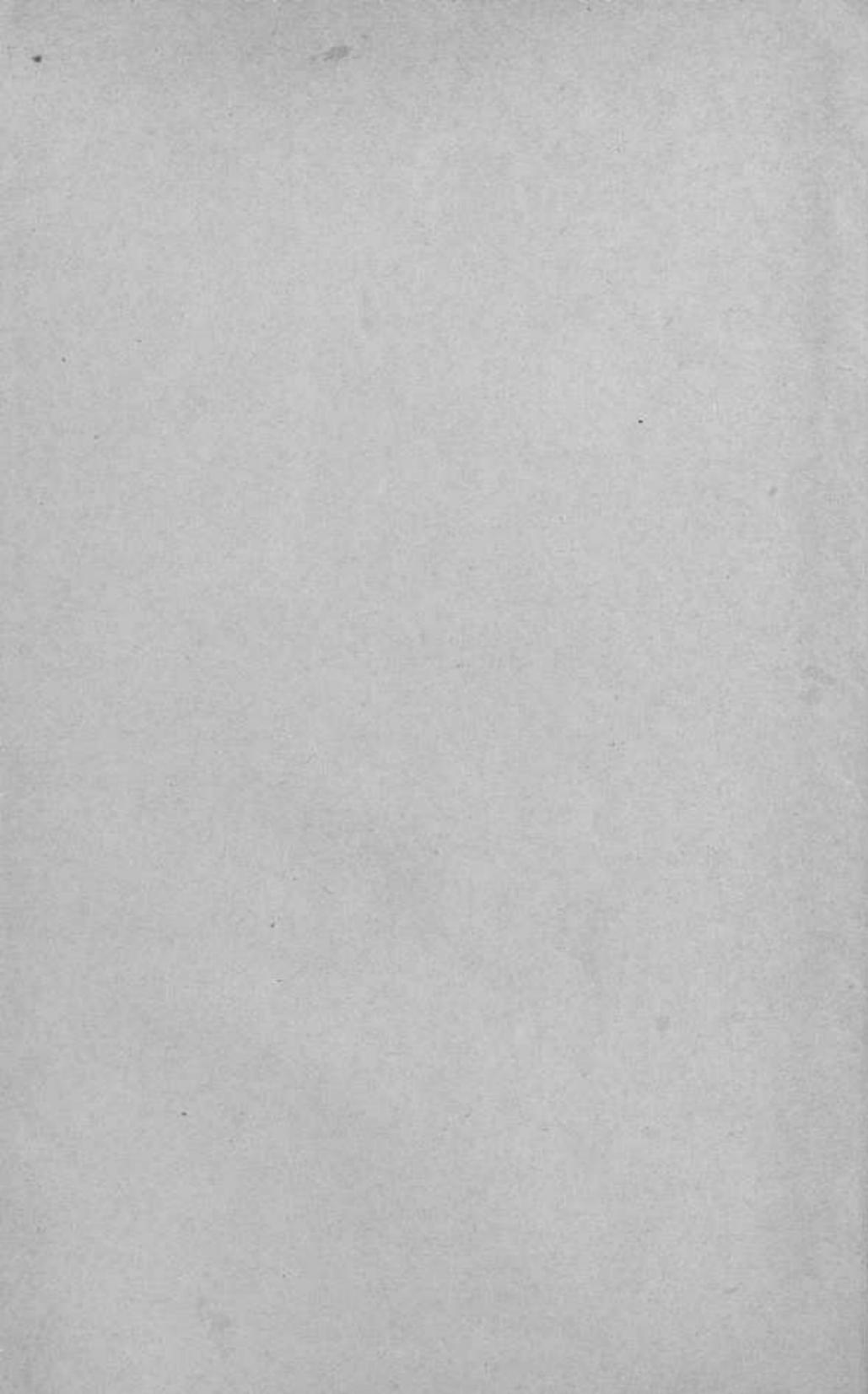
A la anterior lista, entresacada de varios libros de tauromaquia, hay que agregar séxtuple número, y nos quedamos cortos, de los que mueren ignrados á consecuencia de las capeas que se efectúan en los pueblos, y los que, como Antonio Sánchez (el Tato), Rafael Sánchez (Bebe), Juan Ruiz (Lagartija), Mannel Bastón, Rafael Bejarano (Pegote), Manuel Lagares, Rafael Rodríguez Mojino y otra infinidad de ellos, quedaron inútiles para trabajar.

Y únanse, finalmente, á todos estos elocuentes datos los alborotos, motines y asonadas que han salido de les plazas de toros, y como postdata lo ocurrido en el cementerio de San Lorenzo el día del entierro de Dominguín y todo cuanto pudiéramos decir en contra del espectáculo sería pálido.

Madrid.—Año 1901.

1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

LOS PEDIDOS A A. ALONSO, BARBIERI, 8, MADRID



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número. <u>440</u>	Precio de la obra
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición
Tabla, . . <u>2</u>	Valoración actual
Número de tomos.	

4

